

NOTAS SOBRE HISTORIA ORAL

102

Fabrice ABBAD

Notas sobre Historia Oral

«En cuanto a las acciones realizadas en el curso de esta guerra, he evitado tomar mis informaciones del primer legado y fiarme de mis impresiones personales. Tanto en lo referente a los hechos de los que he sido testigo como a los que me han sido relatados por otro, he procedido a verificaciones tan escrupulosas como ha sido posible. Ello no fue fácil, pues se encontraban en cada caso a testigos que daban relaciones discordantes, que variaban según las simpatías que experimentaban por uno u otro campo según sus recuerdos.»

Tucidides, guerra del Peloponeso, I, 21

La historia oral es muy anterior al decenio de los 80: Tucídides y antes Heródoto habían recurrido ampliamente a ella. Más tarde se siguió utilizando en la Edad Media, el siglo XVIII (Voltaire con su **Siglo de Luis XIV**) y el XIX, con Michelet.

Actualmente ha vuelto a reaparecer, pero renovando sus objetivos y sus métodos. Se trata, en esencia, de valorizar el papel de las masas silenciosas en el pensamiento político y en la historia, descubriendo o revelando una cultura diferente. Leemos en un artículo recientemente publicado en **Annales**: «quiere salvar a la vez el patrimonio cultural por la práctica de una etnología retrospectiva y reconstruir, en un proyecto más radical, la historia a partir de las bases **from the bottom up**, dando la palabra a los que el archivo escrito no considera como objeto»¹.

Curiosamente, con el nacimiento de la historia como disciplina positiva, los historiadores desconfiaron cada vez más de esta fuente. ¿Cómo conceder crédito a los orígenes de Roma transcritos por Tito Livio o a los hagiógrafos medievales? Excepto Michelet, que quería retornar la palabra al pueblo por medio de la tradición oral, la historia de finales del XIX ha privilegiado los hechos políticos, la historia de la nación y de las clases dominantes. En una palabra, de los que escriben. Es, por otra parte, la época del comienzo de la escuela laica en Francia, gratuita y obligatoria, que debía alfabetizar a todos los franceses y hacer de todos los escolares fieles «pequeños y pequeñas republicanos». Así, la encuesta oral fue abandonada despectivamente a los folkloristas y a los etnólogos: ello sucedió en mucha menor medida en los países anglosajones.

Los americanos serían los primeros en poner de nuevo en vigor el viejo método apoyándose en los trabajos llevados a cabo por antropólogos sobre grupos minoritarios indios o polacos (ver bibliografía). En 1934-35, un equipo de investiga-

1. «Archives orales: une autre histoire?» A.E.S.C. 35.º año, n.º 1, 1980, 124-199.

dores se dedicó a recoger los recuerdos de los antiguos esclavos negros que aún vivían en Kentucky, Indiana y los estados vecinos. En la misma época, la crisis agrícola suscitó el interés por los agricultores, tanto negros como blancos, víctimas de la depresión de los años 30. Habrá que esperar a 1948 para que la Columbia University de Nueva York cree un centro dirigido por Allan Nevins. En 1949 la utilización del magnetófono va a facilitar el trabajo de recogida de datos. La encuesta oral toma forma y suele referirse a un tema determinado, por ejemplo el imperio Ford, que exigió 434 entrevistas y... 26.000 páginas de transcripción. En 1958, el sucesor de Nevins, L. Starr, publicó el primer catálogo en el que se registraron 130.000 páginas de testimonios. En 1979 el mismo centro había interrogado a 3.500 personas, disponía de 15.000 horas de escucha y de más de 425.000 páginas de transcripción.

El método no carece de interés. El centro se dedica únicamente a la colecta de datos y ha establecido un banco constituido por bandas magnéticas y su transcripción dactilográfica. La explotación, utilización y síntesis conciernen únicamente a los investigadores interesados por la fuente.

Los americanos han sido los pioneros en cuanto a técnicas de conservación del material. Entre 1950 y 1970 se fundaron otros centros, pero el de Berkeley siguió siendo el principal. En 1967 la **Oral History Association** llevó a cabo la creación de una revista que aparece por vez primera en 1973: este mismo año funcionaban ya 316 centros. La publicación de trabajos proseguía a buen ritmo, como el de Katia Bruma, **Oral History for the Local Historical Society** (1969), tal vez el más conocido. En Columbia, Berkeley, Duke University y Carolina del Norte se montaron cursos sobre estos temas.

Pero los centros de interés de los investigadores fueron, esencialmente, factuales: se trataba de establecer los hechos, explicar su contexto, definir el clima en el que insertaba su evolución. Afortunadamente, fueron apareciendo otras corrientes más próximas a la historia social: en Chicago, el **Studs Terkel** colecta los recuerdos del americano medio para describir la Gran Depresión. Lawrence Goodwin y William Chafe confrontan las fuentes escritas de los blancos y las declaraciones orales de los negros sobre la liberación de los esclavos. Además, se consolidan otros estudios sobre los leñadores, las minorías olvidadas, los judíos... Nacen nuevos temas: la viticultura de California, el **jazz**, el **New Deal**, etc.

En cuanto a Europa, la historia oral no llega antes de 1970, pasando antes por Inglaterra, en la que aparece la **Oral History Society** en 1973. A la vez, el movimiento alcanza el Canadá (1973), Australia (1975) y otros países como Italia. El primer coloquio tendría lugar en Quebec, en 1979.

Los ingleses han sabido explotar la riqueza del método y de la fuente. En **The Edwardians, the Remaking of British Society**, Paul Thompson, de la Universidad de Essex, interroga a 500 personas que han vivido los tiempos de Eduardo VII. Es así como aparece claramente la lucha que en estos años oponían los obreros cualificados a los demás, y muy pronto otros libros siguen a éste.

¿Qué ocurre mientras en Francia? Existía la obra olvidada de Roger Thabault, **Mon Village, Ses hommes, ses routes, son école (1848-1914)**, que narraba la ascensión de un pueblo, así como la de Alain Prevost, **Grenadou, paysan beauceiron (1966)**. También puede citarse, a otro nivel, la de Jacques Ozouf sobre los maestros, publicada en **Nous les Maîtres d'école** (Juillard, 1967). El trabajo de P. Joutard sobre los **Camisards** parte también del tiempo presente, de una encuesta oral sobre los recuerdos dejados por aquel episodio en la población de los Cevennes: a este respecto puede verse **La légende des Camisards**, aparecida en 1977. También con esta perspectiva trabajan J. C. Martin sobre la **Vendée**, la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (Leon Blum), el Comité de la Segunda Guerra Mundial, etc.

Para Francia el gran año es 1975. Siguiendo la tradición americana, Dominique Schnaper lanza sus **Archives orales et histoire de la Sécurité Sociale**. El Centro de Historia Religiosa de Lyon, a la vez, se interroga e interroga sobre el papel de los cristianos en la Segunda Guerra Mundial. Raoul Girardet realiza encuestas sobre los estudiantes nacidos en los años 30. Más sociales, las preocupaciones de A. Burguière, J. Goy y P. Ozouf sobre el inmediato pasado se orientan hacia el análisis de las mutaciones de Francia después de la Gran Guerra según los recuerdos de artesanos, obreros y campesinos. En Lyon, Yves Lequin se esfuerza en reconstruir biografías obreras... Se podrían multiplicar los ejemplos.

Por último, debe señalarse el nacimiento de otra tendencia sobre los etno-textos concernientes al discurso oral, literario y no literario, que constituyen testimonios sobre la cultura y las actividades económico-sociales que una comunidad lleva por sí misma: «debemos entender por etno-textos todos los de tipo oral, literarios o no, franceses o dialectales, que tienen valor como información etnológica, histórica o lingüística. Pero la noción de etno-textos se aplica también a las fuentes escritas de textos orales o a sus eventuales versiones escritas» (citado por Ph. Joutard, A.E.S.C., art. cit. en bibliografía). Es este el trabajo que llevan a cabo el propio Ph. Joutard y J. C. Bouvier, lingüistas y etnólogos de Grenoble. Este método supone la voluntad de no limitarse a lo oral y completarlo con otras fuentes, escritas por los mismos personajes (cantos, carnets, correspondencia, libros de razón).

El objeto es, por consiguiente, captar el discurso de una comunidad sobre sí misma y la relación que establece con su pasado: este discurso y esta relación se expresan tanto en la literatura oral establecida como en relatos o muestras de conversaciones sobre la vida económica antigua, sobre los usos y costumbres o sobre la historia local. Por tanto, supone la existencia de varios informadores sobre un espacio restringido.

Es preciso insistir en que una encuesta oral no comienza hasta que se lleva a cabo una serie de lecturas previas de las obras escritas sobre la comunidad o la región. Además, el conocimiento de los archivos se revela cada vez más necesario. Sólo después de esta preparación puede verificarse el trabajo sobre el terreno, pero aun entonces es preciso conocerlo perfectamente. Y haberlo delimitado con precisión especificando los criterios seguidos para su elección siempre, por definición, criticables. Otra precaución importante es que los investigadores no deben ser improvisados.

El grupo constituido por los informadores debería constituirse a partir de diferentes medios, diferentes capas sociales y diferentes culturas, pudiendo llevarse a cabo según el modelo del sondeo. En este caso la elección operada por el investigador es primordial: para el norte de Francia, Marcel Guillet (ver artículo citado en bibliografía) ha preferido fijarse en la actividad profesional, la edad y el sexo, las pertenencias asociativas, religiosas y políticas. El conjunto da lugar a una muestra de veinte unidades (entre ellas cinco parejas). En efecto, la cultura libresca de los unos contrarresta a la cultura puramente oral de los otros: es necesario establecer la relación entre los dos. La utilización del magnetófono es indispensable en la medida en que este aparato permite registrar las risas, los silencios, las dudas, las expresiones parásitas. La disposición de una cámara video sería aún más deseable, puesto que añade la mímica, las miradas y los gestos.

¿A quién interrogar? En nuestra opinión, a los viejos preferentemente. La memoria de la comunidad les pertenece en cierta medida y están, probablemente, más próximos a la identidad cultural que queremos encontrar. La interrogación a las generaciones jóvenes no carece, sin embargo, de interés. Pero su intervención sólo puede ser comparativa, aunque también podría llevarse a cabo un trabajo sobre ellas.

Una vez concluidas las entrevistas, es necesario transcribirlas por escrito, si es posible íntegramente. Su estudio puede verificarse por el método temático o aplicando el de análisis de contenido, recuperado en parte por la constitución de un sistema de explotación de las fuentes.

¿Por qué la necesidad de una historia oral? En primer lugar, la civilización contemporánea es también oral. Los con-

tactos verbales directos se multiplican y la documentación escrita, aunque necesaria, no puede ser suficiente. Otra cuestión: ¿cómo abordar el estudio de los grupos analfabetos? ¿Es preciso contentarse con el discurso «sabio» que existe sobre ellos? El etnólogo nos ha enseñado a dominar la encuesta sobre el terreno y, además, disponemos del magnetófono. Es preciso confesar que la moda ayuda en este sentido y que muchas personas buscan sus raíces: la memoria popular se vende bien (así, *Le Cheval d'Orgueil* y otros *best-sellers*).

La historia oral permite la reconstitución de «pequeños hechos verdaderos» que habrían escapado al documento escrito u oficial. La vivencia de los diversos actores históricos se capta mejor cuando la cuentan ellos mismos. Ningún documento escrito permite la expresión total y a veces insoponible de un traumatismo. Además, la «atmósfera» de la que hablan los norteamericanos puede ser captada más fácilmente a través de este método, así como otros aspectos muy diversos de la vida social: la microsociología del poder y de las relaciones interpersonales para explicar una decisión, una acción, una división o un conflicto. Por último, permite incontestablemente el acceso a los «olvidados» de la historia y, probablemente, la consecución de una historia de las mentalidades en profundidad gracias a la recreación de actitudes y comportamientos. Nos equivocáramos si desdeñáramos hasta qué punto nuestra propia cultura se transmite aún oralmente (tal vez al 80%): es el elemento oral el que constituye la memoria colectiva.

Las fuentes de la historia oral pueden dividirse en dos grupos:

- La recogida de testimonios orales, practicada por archiveros profesionales, referente a discursos políticos, relatos de la vida de diferentes agentes históricos y su conservación.
- La recogida de conversaciones, destinadas a ser explotadas por investigadores en ciencias humanas.

Pero estos testimonios deben ser —como toda fuente histórica— rigurosamente criticados. «Toda entrevista debe esforzarse en suprimir la hipoteca de los bloqueos engendrados en el encuestado por la percepción, en el punto de partida de la conversación, de las relaciones de fuerza entre entrevistador y entrevistado. La situación no es jamás neutral, puesto que confronta a un solicitante muy motivado y de estatuto intelectual a menudo superior a la persona que responde, casi siempre desconfiado y libre de no dejarse ir.» (M. Guillet.)

Es preciso, pues, prestar atención a los informadores, que suelen elegir sus recuerdos, por lo que debemos con-

frontarlos con otros. La subjetividad es aquí la gran enemiga, tanto por un lado como por otro: hay que fijarse mucho en las cuestiones que se plantean, guardar todo el texto transcrito, desconfiar de fórmulas estereotipadas. A menudo, la historia contada no es espontánea, ni el recuerdo autobiográfico experiencia vivida... e incluso puede ser totalmente ficticio, una pura construcción **a posteriori**.

La encuesta de historia oral presenta frecuentemente un carácter anárquico debido a la elección demasiado aleatoria o a la ausencia de selección de los informadores y a la naturaleza desordenada y superficial de las informaciones recogidas al respecto. En este sentido, las observaciones verificadas por Y. Lequin y J. Métral son significativas ya que previenen contra las posibles tentativas de violación de la intimidad personal de un individuo que no nos conoce, contra el «golpe en el vacío» del encuestador debido al débil nivel de conciencia que la cultura popular tiene de sí misma; contra la impresión de inexistencia de lo cotidiano, contra la dificultad de captar el sentido de una vida en el fondo encerrada en sí misma y sin ambición posible. ¿Estamos ante una maniobra sutil y una victoria total de la presión ideológica ejercida por las clases dominantes, que han conseguido la negación de su propia existencia por parte de los propios dominados? No debemos perturbar la espontaneidad del encuestado, pero es preciso hacerle salir de la manifestación declaratoria inicial y establecer una relación humana que pueda borrar no sólo los recuerdos impuestos por la sociedad, la «memoria asunto de Estado», la de las instituciones, la escuela y las prácticas colectivas y nacionales, sino también la del grupo o sus organizaciones representativas, a su vez muy diluyentes. ¿Pero a qué precio se consigue todo ello?

Es necesario tener en cuenta que toda encuesta se lleva a cabo en un contexto socio-histórico que puede incitar al interlocutor a la reserva, la desconfianza o el rencor. El investigador debería ser consciente de sus propios prejuicios, y mantener cierta distancia hacia sus entrevistados y hacia sí mismo. Aún más que otros documentos aprehendidos por el historiador, la fuente oral exige varias lecturas.

Por último, la encuesta oral no se basta a sí misma y debe confrontarse a otras aproximaciones distintas a la misma realidad: producciones iconográficas, estudio psicoanalítico, encuesta etno y socio-lingüística. Al trabajo sobre la memoria popular convendría añadir otro sobre la imaginación colectiva, dejando el discurso biográfico para el final del análisis, como el reflejo de un reflejo.

BIBLIOGRAFIA

I. Obras y artículos sobre métodos

Las obras anglosajonas son las primeras:

Método general:

- DEXTER, L.: Ed., **Elite and specialized interviewing**, Northern Univ. Press, 1970.
 RICHARDSON, S.; DOHRENWEND, B., KLEIN, D.: **Interviewing: its form and functions**, Nueva York, Basic Book, 1965.

Historial oral propiamente dicha:

- BAUN, W.K. **Transcribing and editing oral History**, Nashville, American Association for state and local History, 1977, 127 p.
 BACK, K.; DAVIS, C., McLEAN, K.: **Oral History from Tape to Type**, Chicago, American Library Association, 1977.
 DEERING, M.J., y POMEROY, B.: **Transcribing without tears: a guide transcribing and editing oral History**, A. Handbook, Glenrock, N.J. 1975, 98 p.
 GRELE, R.J.: Ed., **Envelopes of sound. Six practioners discuss the method theory and practice of oral history and oral testimony**, Chicago, 1975.
 LANCE, D.: **An Archive Approach to Oral History**, Londres, Stockwell Ltd, 1978.
 MECKER, A. M., y McMULLIN, R.: **Oral History Collections**, Nueva York, Bowker, 1975, 344 p.
 RODDY, J.: «Oral History» Soundings from the Song Age», **Rockefeller Foundation Illustrated**, Vol. 3, n. 3, mayo 1977.
 ROSENBERG, N. V.: Ed., **Folklore and Oral History**, s.l. 1978, 101 p.
 SHUMWAY, G. L.: **Oral History in the United States**, Nueva York, 1971, 120 p.
 STARR, L. M.: «Oral History» **Encyclopaedia of Library and Information Science**, Nueva York, 1977.
 THOMPSON, P.: **The Voice of past-oral History**, Oxford Univ. Press, 1978.

Es preciso completar estas lecturas con los artículos aparecidos en **The Oral History Review** (Estados Unidos), **The British Oral History Society's Journal** y **The Journal of the Canadian Oral History Association**.

En Europa:

- BERNARDI, B.; PONI, C., y TRIULZI, A.: **Antropología e sto-**

ria: **Fonti orali**, Milán, 1978, 498 p.

NIETHAMMER, L.: «Oral History in U.S.A. Zur Entwicklung und Problematik Diachroner Befragungen», **Archiv für Sozialgeschichte**, XVIII, 1978. 456-501.

En Francia:

Método general:

BERTAUX, D.: «Mémoires autobiographiques et mémoires collectives», inédito, Le Creusot, 1977.

BERTAUX, D.: «Comment l'approche biographique peut transformer la pratique sociologique», **Recherches économiques et sociales**, n. 69, 1977.

CHEVALIER, Y.: «La biographie et son usage en sociologie», **Archives de sciences sociales de la coopération et du développement**, n. 43 enero-marzo 1978, 77-90.

LACOSTE-DUJARDIN, C.: **Dialogue de femmes en ethnologie**, Paris, 1977.

LEJEUNE, PH.: **L'autobiographie en France**, Paris, 1971.

MAGET, M.: **Guide d'études directes des comportements culturels**, Paris, C.N.R.S., 1962.

NAHOUM, CH.: **L'entretien psychologique**, Paris, P.U.F. 1958.

Historia oral propiamente dicha:

«Archives orales: une autre histoire?», **A.E.S.C.**, n. 1, 1980, 124-199.

ARON-SCHNAPPER, D., HANET, D.: «Archives orales et institutions sociales», **Revue française de sociologie**, XIX, 1978, 260-276.

ARON-SCHNAPPER, D., HANET, D.: «D'Hérodote au magnétophone: sources orales et archives orales», **A.E.S.C.**, n.1, 1980, 183-199.

BOUVIER, J. CL.: «Rapport sur les ethnotextes présentés à l'Assemblée annuelle du GRECO», **Parlers et cultures régionales**, n. 2, oct. 1977.

BOUVIER, J. CL.: «Recherches sur les ethnotextes: bilan des activités en Provence et perspectives d'avenir», **Le Monde alpin et rhodanien**, 1978, n. 1-2, 251-253.

BOUVIER, J. CL.: RAVIER X.: «Projet de recherche interdisciplinaire sur les ethnotextes du Sud de la France», **Le Monde alpin et rhodanien**, 1976, n. 1-2, 207-212.

GAGNON, N., HAMELIN, J.: **L'histoire orale**, Québec, 1978.

JOISTEN, CH.: «De quelques sources d'influence dans la formation des récits légendaires alpestres», **Approches de nos traditions orales**, Paris, Maisonneuve et Larose, 1970, 141-158.

JOUTARD, PH.: «Historiens à vos micros», **L'Histoire**, 12 de

mayo 1979, n. 12, p. 110.

JOUTARD, PH.: «Un projet régional de recherches sur les ethnotextes», **A.E.S.C.**, n. 1, 1980, 176-182.

«Notre mémoire populaire», **Les Nouvelles littéraires**, 24 de enero 1978, n. 2.620.

RAPHAEL, F.: «Le travail de la mémoire et les limites de l'histoire orale», **A.E.S.C.**, n. 1980, 127-145.

VUILLEUMIER, H.: «Organisation et mémoire populaire», inédito, Le Creusot, 1977.

WACHTEL, N.: «Le temps du souvenir», **A.E.S.C.**, n. 1, 1980 146-148.

II. Artículos y obras de historia oral.

Area anglosajona:

CHAMBERLAIN, M.: **Paysannes du marais**, Paris, 1976.

HOGGART, R.: **La culture du pauvre**, Paris, 1970.

MINTZ, S.: **Taso, la vie d'un travailleur de la canne**, Paris, Maspero, 1979, 302 p.

SIMMONS, L. W.: **Soleil Hopi**, Paris, Plon, 1959.

TERKEL, S.: **Hard times: an oral history of the Great Depression in America**, Nueva York, Pantheon Book, 1970.

ZANIECKI, F., THOMAS, W. I.: **Polish Peasant**, 5. vol. 1918-1920.

Area europea:

LEVI, G., y PASSERINI, L.: **Torino tra le due guerre**, Turin 1978.

PASSERINI, L. Dir.: **Storia orale, Vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne**, Turin, 1978.

ROLAND, CH.: **Du Ghetto à l'Occident**, Paris, 1962.

ZANIECKI, F.: **La ville, dans la conscience de ses habitants**, Poznan, 1931.

Area francesa:

BONNAIN, R. y ELEGOET, F.: «Memoires de France», **Ethnologie Française**, nouvelle serie, T. 8, n. 4, 1978.

FABRE, D., LACROIX, J.: **La tradition orale du conte occitan. Les Pyrénées audoises**, Paris, P.U.F., Publications de l'Institut d'Etudes Occitanes, 1975, 2 vol., 467 y 404 p.

GILLET, M.: «Patrimoine industriel et patrimoine ethnologique: l'aire culturelle septentrionale (nord de la France, Belgique)», **A.E.S.C.**, n. 1, 1980, 167-175.

JOUTARD, PH.: **Les Camisards**, Paris, Gallimard, Archives, 1976.

- JOUTARD, PH.: **La légende des Camisards, une sensibilité au passé**, Paris, Gallimard, Bibliothèque des Histoires, 1977.
- LEQUIN, Y., y METAL, J.: «A la recherche d'une mémoire collective: les métallurgistes retraités de Givors», **A.E.S.C.**, n. 1, 1980, 149-166.
- VEGH, CL.: **Je ne lui ai pas dit au revoir. Des enfants déportés parlent**, Paris, Gallimard, 1976.

III. ¿En España?

La recogida de datos históricos a través de encuestas orales es también una tradición antigua. Pero el interés reciente por este método se debe principalmente a la influencia de disciplinas vecinas, sociología y antropología, en pleno desarrollo. El sentido diacrónico por parte de muchos antropólogos, anglosajones y luego nacionales, trabajando sobre la sociedad campesina, hace de sus obras verdaderos estudios históricos, y, cuando no, lo consigue la perspectiva adquirida con el tiempo (J. Pitt-Rivers, **The people of the Sierra**, 1961). Ver numerosos artículos publicados en la revista **Ethnica** (Barcelona); las obras de C. Lisón Tolosana, especialmente sobre Galicia; de J. Mirá sobre Valencia, y de J. Frigolé sobre Murcia («Aparcería y conflicto en un pueblo de la Vega Alta del Segura, 1962-1974», **Areas** 2, 1982, y «Llevarse la novia y salirse con el novio: una interpretación antropológica», **Areas** 5, 1985), así como la traducción reciente de R. Fraser, **Mijas. República, guerra, franquismo en un pueblo andaluz**, Barcelona, A. Bosch, 1985, con prólogo de Mercè Vilanova.

Sin embargo, los propios historiadores contemporáneos tardan en seguir en el camino abierto. Es harto significativo que el importante dossier sobre historia oral publicado en **Debats** (n.º 10, diciembre 1984) no presente más que textos de autores anglosajones y franceses (R. Samuel, A. Lyttelton, E. François y Ph. Joutard) y ninguna bibliografía hispánica. En ese sentido se espera mucho la publicación próxima de las actas del Congreso de Historia Oral de Barcelona (1984).